

CIENCIA FICCIÓN

Bruce Sterling
**CRYSTAL
EXPRESS**

Los mejores relatos del máximo exponente, junto con
William Gibson, del *cyberpunk* dentro de la ciencia ficción.



Bruce Sterling es uno de los escritores de ciencia ficción más imaginativos surgidos de las últimas décadas. Máximo exponente, junto con William Gibson (el famoso autor de *Neuromante*), del movimiento cyberpunk dentro de la ciencia ficción, es autor entre otras obras de la celebrada *Mirrorshades: The Cyberpunk Antology*, considerada como la recopilación más completa de relatos de este movimiento, y la novela *Islas en la Red*, publicada recientemente en español.

Con *Crystal Express*, Sterling nos introduce en sus universos particulares: desde su famoso universo formador/mecanicista, donde la humanidad alterada genéticamente se enfrenta a la aumentada cibernéticamente, pasando por sus extraordinarios relatos de ciencia ficción, hasta sus incursiones en la fantasía pura, donde la imaginación es reina absoluta.

Contiene los siguientes relatos:

Formador / Mecanicista

- Enjambre (*Swarm*, 1982).
- Rosa Araña (*Spider Rose*, 1982).
- Reina Cigarra (*Cicada Queen*, 1983).
- Jardines Sumergidos (*Sunken Gardens*, 1984).
- Veinte Evocaciones (*Twenty Evocations*, 1984).

Ciencia Ficción

- Días Verdes en Brunei (*Green Days in Brunei*, 1985).
- Fantasma (*Spook*, 1983).
- Lo Hermoso y lo Sublime (*The Beautiful and the Sublime*, 1986).

Fantasía

- Telliamed (Telliamed, 1984).
- La Tiendecita de Magia (The Little Magic Shop, 1987).
- Flores de Edo (Flowers of Edo, 1987).
- Cena en Audoghost (Dinner in Audoghost, 1985).

No podemos separar los accidentes históricos de la sociedad en que nacimos de las bases axiomáticas del universo.

- J. D. BERNAL, 1925

La mierda más terrible es inodora y transparente.

- WM. GIBSON, 1988

Formador / Mecanicista

Enjambre

—Echaré de menos su conversación durante el resto del viaje —dijo el alienígena.

El doctor capitán Simón Afriel cruzó sus enojadas manos sobre su chaleco repujado de oro.

—Yo también lo lamento, alférez —dijo en el siseante idioma del alienígena—. Nuestras charlas conjuntas me han sido muy útiles. Habría pagado por aprender tanto, pero usted me lo ha ofrecido gratis.

—Pero si no fue más que información —respondió el alienígena. Cubrió con gruesas membranas nictitantes sus ojos brillantes como canicas—. Los inversores tratamos con energía y con metales preciosos. Valorar y perseguir simple conocimiento es una tendencia racial inmadura. —El alienígena alzó la larga corona irregular tras sus orejas diminutas.

—Sin duda tiene razón —dijo Afriel, sin hacerle caso—. Sin embargo, los humanos somos como niños a las otras razas, así que cierta inmadurez parece natural en nosotros. —Se quitó las gafas de sol para frotarse el puente de la nariz. La cabina de la astronave estaba inundada de ardiente luz azul, densamente ultravioleta. Era la luz que preferían los inversores, y no estaban dispuestos a cambiarla por un simple pasajero humano.

—No lo han hecho mal —dijo el alienígena, magnánimo—. Son el tipo de raza con la que nos gusta hacer negocios: jóvenes, ansiosos, plásticos, dispuestos a una amplia gama de productos y experiencias. Podríamos haber contactado con ustedes mucho antes, pero su tecnología era aún demasiado débil para producirnos beneficios.

—Las cosas son diferentes ahora. Les haremos ricos.

—Ciertamente —dijo el inversor. La corona tras su cabeza escamosa se agitó rápidamente, un signo de regocijo—. Dentro de doscientos años serán lo suficientemente ricos como para comprarnos el secreto de nuestro vuelo espacial. O tal vez su facción mecanicista descubra el secreto a través de sus investigaciones.

Afriel se molestó. Como miembro de la facción reformada, no apreciaba la referencia a los rivales mecanicistas.

—No confíe demasiado en la mera pericia técnica —dijo—. Considere la aptitud para los lenguajes que tenemos los formadores, lo cual convierte a nuestra facción en un cliente mucho mejor. Para los mecanicistas, todos los inversores son iguales.

El alienígena vaciló. Afriel sonrió. Había apelado a la ambición personal del alienígena con su última afirmación, y la insinuación había sido recogida. Ahí era donde siempre fallaban los mecanicistas. Intentaban tratar a todos los inversores por igual, usando las mismas rutinas programadas cada vez. Carecían de imaginación.

Afriel pensó que habría que hacer algo con los mecanicistas. Algo más permanente que las pequeñas pero mortales confrontaciones entre naves aisladas en el Cinturón de Asteroides y los Anillos de Saturno ricos en hielo. Ambas facciones maniobraban constantemente, buscando un golpe decisivo, anulando los mejores talentos de cada uno, practicando emboscadas, asesinatos y espionaje industrial.

El doctor capitán Simón Afriel había sido todo un maestro en estas actividades. Por eso la facción reformada había pagado los millones de kilovatios necesarios para comprar su pasaje. Afriel tenía doctorados en bioquímica y lingüística alienígena, y un master en ingeniería de armas magnéticas. Tenía treinta y ocho años y había sido reformado según las tendencias de la moda en el momento de su concepción. Su equilibrio hormonal había sido alterado levemente para compensar los largos períodos pasados en caída libre.

No tenía apéndice. La estructura de su corazón había sido rediseñada para conseguir mayor eficiencia, y su intestino grueso había sido alterado para producir las vitaminas elaboradas normalmente por las bacterias intestinales. La ingeniería genética y un riguroso entrenamiento en la infancia le habían dado un cociente intelectual de ciento ochenta. No era uno de los agentes más brillantes del Consejo Anillo, pero sí uno de los más estables mentalmente y el más digno de confianza.

—Me parece una lástima que un humano de sus cualidades tenga que pudrirse durante dos años en ese lugar miserable y sin beneficios —dijo el alienígena.

—Los años no serán en vano —respondió Afriel.

—Pero ¿por qué ha elegido estudiar el Enjambre? No pueden enseñarle nada, pues no hablan. No tienen ningún deseo de comerciar, no tienen herramientas ni tecnología. Son la única raza que surca el espacio que carece esencialmente de inteligencia.

—Sólo eso los hace dignos de estudio.

—¿Pretenden imitarlos, entonces? Se convertirán en monstruos. —El alférez vaciló otra vez—. Tal vez puedan hacerlo. No obstante, será malo para los negocios.

Se produjo un estallido de música alienígena en los altavoces de la nave, y luego un chirriante fragmento de idioma inversor. La mayor parte del mensaje era demasiado agudo para que los oídos de Afriel lo captaran. El alienígena se incorporó, y su enjoyada falda rozó las puntas de sus pies, similares a garras de pájaro.

—El simbiote del Enjambre ha llegado —dijo.

—Gracias —respondió Afriel. Cuando el alférez abrió la puerta de la cabina, Afriel pudo oler al representante del Enjambre: el cálido olor a levadura de la criatura se había esparcido rápidamente por todo el aire reciclado de la nave.

Afriel comprobó rápidamente su aspecto en un espejo de bolsillo. Se espolvoreó la cara y enderezó el sombrero

de terciopelo redondo sobre los cabellos doradorojizos que le llegaban hasta los hombros. Los lóbulos de sus orejas resplandecían con rojos rubíesimpacto, gruesos como sus pulgares y extraídos del Cinturón de Asteroides. Su chaquetón hasta la rodilla y su chaleco eran de brocado de oro; la camisa era deslumbrantemente fina, tejida con hilo de oro rojo. Se había vestido para impresionar a los inversores, que esperaban y apreciaban un aspecto próspero en sus clientes. ¿Cómo podía impresionar a este nuevo alienígena? El olor, tal vez. Volvió a aplicarse perfume.

El simbiote del Enjambre chirriaba junto a la cámara de presión secundaria de la nave con la comandante, una inversora vieja y adormilada que tenía el doble de tamaño que la mayoría de los miembros de su tripulación. Su enorme cabeza estaba incrustada en un casco enjoyado. Desde el interior del casco, sus ojos nublados resplandecían como cámaras.

El simbiote se alzó sobre sus seis patas posteriores e hizo débiles gestos con sus cuatro antebrazos rematados por garras. La gravedad artificial de la nave, un tercio de la de la Tierra, parecía molestarle. Sus rudimentarios ojos, que colgaban de tallos, estaban fuertemente cerrados contra el resplandor. Afriel pensó que debía estar habituado a la oscuridad.

La comandante respondió a la criatura en su propio idioma. Afriel hizo una mueca, pues esperaba que hablara inversor. Ahora tendría que aprender otro lenguaje, un lenguaje diseñado para un ser sin lengua.

Tras otro breve intercambio, la comandante se volvió hacia Afriel.

—El simbiote no está complacido con su llegada —le dijo en el idioma inversor—. Al parecer, ha habido algún problema con los humanos en el pasado reciente. Sin embargo, he conseguido que le admita al Nido. El episodio ha sido grabado. El pago por mis servicios diplomáticos se

acordará con su facción cuando regrese a su sistema estelar nativo.

—Gracias, Su Autoridad —dijo Afriel—. Por favor, comuníqueme al simbiote mis mejores deseos personales, y lo inofensivo y humilde de mis intenciones... —Se interrumpió bruscamente cuando el simbiote saltó hacia él y le mordió salvajemente en la pantorrilla izquierda. Afriel dio un salto hacia atrás en la pesada gravedad artificial y adoptó una postura defensiva. El simbiote le había arrancado un trozo de pantalón; ahora estaba agachado, comiéndoselo tranquilamente.

—Así transferirá su olor y composición a sus compañeros de nido —dijo la comandante—. Es necesario. De otro modo, sería clasificado como invasor y la casta de guerreros del Enjambre le mataría de inmediato.

Afriel se relajó rápidamente y se apretó la herida con la mano para detener la hemorragia. Esperaba que los inversores no hubieran advertido su gesto reflejo. No encajaría bien con su historia de ser un inofensivo investigador.

—Reabriremos pronto la escotilla —dijo flemáticamente la comandante, apoyándose en su gruesa cola reptilesca. El simbiote continuó masticando el trozo de tela. Afriel estudió la cabeza segmentada y sin cuello de la criatura. Tenía boca y orificios para respirar; tenía ojos bulbosos y atrofiados montados sobre tallos; había rendijas articuladas que podrían ser receptores de radio, y dos grupos paralelos de antenas retorcidas que brotaban entre tres placas quitinosas. Su función le resultó desconocida.

La cámara se abrió. Una bocanada de olor denso y humeante entró en la cabina. Pareció molestar a la media docena de inversores, pues se marcharon rápidamente.

—Regresaremos dentro de seiscientos doce de sus días, como acordamos —dijo la comandante.

—Gracias, Su Autoridad —contestó Afriel.

—Buena suerte —dijo la comandante en inglés. Afriel sonrió.

El simbiote, con un sinuoso movimiento de su cuerpo segmentado, se arrastró hasta la cámara de presión. Afiel le siguió. La puerta se cerró tras ellos. La criatura no le dijo nada, pero siguió masticando ruidosamente. La segunda puerta se abrió, y el simbiote la atravesó para salir a un amplio y redondo túnel de piedra. Desapareció de inmediato en la penumbra.

Afiel se metió las gafas de sol en un bolsillo de su chaquetón y sacó un par de lentes infrarrojas. Las sujetó a su cabeza y salió de la cámara de presión. La gravedad artificial desapareció y fue reemplazada por la gravedad casi imperceptible del nido asteroidal del Enjambre. Afiel sonrió, cómodo por primera vez en semanas. Había pasado la mayor parte de su vida adulta en caída libre, en las colonias de los formadores en los Anillos de Saturno.

Agazapado en una oscura cavidad en el costado del túnel había un animal velludo, con la cabeza en forma de disco y del tamaño de un elefante. Era claramente visible a la luz infrarroja de su propio calor corporal. Afiel pudo oírlo respirar. Esperó pacientemente hasta que Afiel pasó a su lado, internándose más en el túnel. Entonces ocupó su lugar en el extremo del túnel, llenándose de aire hasta que su hinchada cabeza obturó la salida. Sus múltiples patas se hundieron firmemente en los huecos de las paredes.

La nave inversora se había marchado. Afiel se encontraba dentro de uno de los millones de planetoides que circundaban la estrella gigante Betelgeuse en un anillo casi cinco veces superior a la masa de Júpiter. Como fuente potencial de beneficios, hacía insignificante a todo el Sistema Solar, y pertenecía, más o menos, al Enjambre. Al menos, ninguna otra raza los había desafiado por su posesión desde que los inversores podían recordar.

Afiel contempló el pasadizo. Parecía desierto y, sin otros cuerpos que produjeran calor infrarrojo, no podía ver mucho. Se impulsó dando una patada a la pared y flotó vacilante pasillo abajo.

Oyó una voz humana:

—¡Doctor Afriel!

—¡Doctora Mirny! —exclamó—. ¡Por aquí!

Vio a un par de jóvenes simbioses que se dirigían hacia él, sin tocar apenas las paredes con las garras de sus patas. Tras ellos llegó una mujer que usaba unas gafas como las suyas. Era joven, y atractiva a la manera anónima y estilizada de los reformados genéticamente.

La mujer emitió un chirrido, comunicando algo a los simbioses en su propio lenguaje, y éstos se detuvieron, esperando. Avanzó, y Afriel la cogió del brazo, deteniendo expertamente su impulso.

—¿No ha traído equipaje? —preguntó ella ansiosamente.

Afriel negó con la cabeza.

—Recibimos su advertencia antes de que me enviaran. Sólo llevo lo puesto y unos cuantos artículos en los bolsillos.

Ella le miró críticamente.

—¿Así viste la gente en los Anillos últimamente? Las cosas han cambiado más de lo que pensaba.

Afriel miró su chaquetón de brocado y se echó a reír.

—Es cuestión de táctica. Los inversores están siempre dispuestos a hablar con los humanos que parecen preparados para hacer negocios a gran escala. Todos los representantes de los formadores visten así hoy día. Nos hemos adelantado a los mecanicistas, que aún usan esos horribles monos.

Vaciló, pues no quería ofenderla. El nivel de inteligencia de Galina Mirny se calculaba en casi doscientos. Las personas tan brillantes eran a veces veleidosas e inestables, dispuestas a retirarse a mundos fantásticos privados o sumergirse en extrañas e impenetrables telarañas de planes y racionalizaciones. La inteligencia superior era la estrategia que los formadores habían elegido en la lucha por el dominio cultural, y estaban obligados a ceñirse a ella, a pesar de

sus desventajas ocasionales. Habían intentado crear la raza de los Superbrillantes, gente con un cociente intelectual superior a doscientos, pero tantos habían desertado de las colinas de los formadores que la facción había dejado de producirlos.

—Le extrañan mis ropas —dijo Mimy.

—Desde luego, tienen el atractivo de la novedad —contestó Afriel con una sonrisa.

—Fueron tejidas con las fibras de la crisálida de una ninfa —dijo—. Mi vestuario original fue devorado por un simbiote carroñero durante los disturbios del año pasado. Normalmente voy desnuda, pero no quería ofenderle mostrando demasiada intimidad.

Afriel se encogió de hombros.

—Yo también suelo ir desnudo, la única ventaja que tiene la ropa son los bolsillos. Llevo unas cuantas herramientas encima, pero la mayoría carecen de importancia. Somos formadores, nuestras herramientas están aquí —se palpó la cabeza—. Si puede mostrarme un lugar seguro donde poner mis ropas...

Ella sacudió la cabeza. Era imposible ver sus ojos con las gafas, que dificultaban poder interpretar su expresión.

—Ha cometido su primer error, doctor. Aquí no hay lugares propios. Fue el mismo error que cometieron los agentes mecanicistas, el mismo que casi estuvo a punto de matarme. Aquí no hay concepto de privacidad o propiedad. Esto es el Nido. Si escoge cualquier parte de él para usted (para almacenar equipo, para dormir, lo que sea), entonces se convertirá en un intruso, un enemigo. Los dos mecanicistas, un hombre y una mujer, trataron de asegurar una cámara vacía para su laboratorio informático. Los guerreros derribaron la puerta y los devoraron. Los carroñeros se comieron su equipo, vidrio, metal, todo.

Afriel sonrió fríamente.

—Debió costarles una fortuna traer todo ese material.

Mirny se encogió de hombros.

—Son más ricos que nosotros. Sus máquinas, su minería... Creo que pretendían matarme. Subrepticamente, para que los guerreros no se alteraran por un estallido de violencia. Tenían un ordenador que aprendía el lenguaje de los colas elásticas mucho más rápidamente que yo.

—Pero usted sobrevivió —recalcó Aniel—. Y sus cintas e informes, especialmente los primeros, cuando aún tenía la mayor parte de su equipo, resultaron de tremendo interés. El Consejo la apoya en todo. Durante su ausencia, se ha convertido en toda una celebridad en los Anillos.

—Sí, eso esperaba.

Afriel se quedó perplejo.

—Si encontré alguna deficiencia en ellos —dijo cuidadosamente— fue en mi propio campo, la lingüística alienígena. —Señaló vagamente a los dos simbioses que la acompañaban—. Supongo que ha hecho usted grandes progresos comunicándose con los simbioses, ya que parecen los encargados de hablar en nombre del Nido.

Ella le miró con expresión ilegible y se encogió de hombros.

—Hay al menos quince clases diferentes de simbioses. Los que me acompañan se llaman colas elásticas, y sólo hablan por sí mismos. Son salvajes, doctor, y recibieron atención de los inversores solamente porque aún pueden hablar. Descubrieron el Nido y fueron absorbidos, se convirtieron en parásitos —palmeó a uno de ellos en la cabeza—. Domé a estos dos porque aprendí a robar y mendigar comida mejor que ellos. Ahora me acompañan y me protegen de los más grandes. Son celosos. Sólo llevan con el Nido unos diez mil años y no están seguros de su posición. Aún piensan, y a veces reflexionan. Después de diez mil años, todavía les queda un poco de eso.

—Salvajes —dijo Afriel—. Ya lo creo. Uno de ellos me mordió mientras estaba a bordo de la nave. Como embajador, dejaba mucho que desear.

—Sí, le advertí de su llegada —dijo Mirny—. No le gustó la idea, pero pude sobornarle con comida... Espero que no le hiciera mucho daño.

—Un arañazo. Supongo que no hay riesgo de infección.

—Lo dudo mucho. A menos que haya traído usted sus propias bacterias consigo.

—Muy improbable —dijo Afriel, ofendido—. No tengo ninguna bacteria. Y, de todas formas, no habría traído microorganismos a una cultura alienígena.

Mirny apartó la mirada.

—Pensé que podría tener algunos de esos microorganismos especiales alterados genéticamente... Creo que ya podemos irnos. El cola elástica habrá esparcido su olor tocando la boca de los demás en la siguiente cámara. En unas cuantas horas se extenderá por todo el Nido. Cuando llegue a la Reina, se expandirá muy rápidamente.

Se impulsó con los pies sobre la dura concha de uno de los jóvenes colas elásticas y se lanzó pasillo abajo. Afriel la siguió. El aire era caliente y notó que empezaba a sudar bajo sus elaboradas ropas, pero su sudor antiséptico era inodoro.

Salieron a una enorme cámara excavada en la roca. Era abovedada y oblonga, de ochenta metros de largo por unos veinte de diámetro. Rebosaba de miembros del Nido.

Había cientos de ellos. La mayoría eran obreros, velludos y con ocho patas, del tamaño de grandes perros daneses. Acá y allá había miembros de la casta guerrera, monstruos peludos del tamaño de un caballo con colmillos como sillas.

A unos pocos metros más allá, dos obreros transportaban a un miembro de la casta sensora, un ser cuya inmensa cabeza aplastada estaba unida a un cuerpo atrofiado consistente principalmente de pulmones. El sensor tenía grandes ojos en forma de plato, y de su caparazón velludo brotaban antenas enroscadas que se retorcían débilmente mientras los obreros lo arrastraban. Los obreros se aferra-